

Uruguay:

en el tren y por la misma vía

Gustavo Melazzi

En Uruguay, y en varios países de la región, a los triunfos electorales de la primera década de este siglo se les llamó «un cambio de época», pues accedían al gobierno movimientos políticos que proponían alternativas populares. Luego de más de una década, a pesar de nuevos triunfos electorales, en varios países las expectativas han bajado, cunde el desconcierto y aumenta el rechazo. Buena parte de la izquierda se pregunta «¿qué ha pasado?» y «¿por qué pasó?»

Gustavo Melazzi es economista uruguayo.



Porque «alternativas» ¿a qué y con qué contenido? Se generalizó calificar las políticas como «progresistas», aplicable tanto a innovaciones productivas en el capitalismo al igual que a una redistribución de ingresos hacia los más necesitados; todo salpimentado con alusiones a la socialdemocracia, populismo, regímenes liberales, etcétera. Y lo que es más importante: incluso el propio neoliberalismo ha pasado a tener diversos objetivos, acepciones y contenidos.

Dejando de lado estériles explicaciones que, por ejemplo, atribuyen el descontento al «desgaste» de los gobiernos por el mero paso del tiempo, analicemos hechos, políticas y resultados, los procesos profundos que los explican, para concluir entonces «de qué se trata» la tan traída y llevada «alternativa». Nuestro punto de vista se estructura en torno a una pregunta: ¿dónde y cómo se

producen rupturas con la estrategia dominante? Analizar contenidos, ir al fondo. No se trata de analizar a partir de resultados obtenidos por la política sino, sobre todo, por estas rupturas y por la dirección en la que se camina.

Esta acción cotidiana, los hechos y sus significados profundos son los que nos permitirán aclarar qué entendemos por izquierda, otro término bastardeado. «No se es de izquierda tan sólo por así declararse, sino que se es de izquierda por lo que se hace en pos de las transformaciones y construcciones necesarias. Es así que se llega a ser de izquierda».¹

URUGUAY PREVIO AL TRIUNFO ELECTORAL. ALGUNAS CARACTERÍSTICAS

País capitalista dependiente, con una débil estructura productiva sujeta a los vaivenes del comercio exterior de sus productos agropecuarios. Un frustrado proceso de industrialización sustitutiva de importaciones que consolida un fuerte movimiento sindical desde mediados del siglo pasado, con fuertes vínculos con los estudian-



tes. Fuerte concentración del ingreso y una progresiva lucha por la apropiación del mismo en una economía estancada y con altas tasas de inflación.

Los conflictos sociales se agudizan, con partidos políticos de fuerte impronta por el socialismo o, al menos, por un nacionalismo que declaraba intentar superar el capitalismo, tanto legales como de guerrilla urbana, con capacidad para cuestionar el sistema. Las dificultades para mantener la hegemonía política y social llevan a las clases dominantes y al imperialismo a impulsar un golpe de Estado cívico–militar en 1973, que perdura hasta 1984. La brutal represión llevó los salarios reales a la mitad de su nivel anterior, disminuyó al mínimo la resistencia organizada, difundió a todo nivel la ideología del individualismo, egoísmo y el amor por el dinero, no importando cómo se obtenía. Problemas económicos, una acendrada mentalidad republicana en la población y la resistencia, condujeron a la realización de elecciones controladas y el retorno a la legalidad.

Se sucedieron tres gobiernos conservadores tradicionales, que efectuaron una apertura en las libertades de reunión, sindical, en los medios, aunque continuaron la política económica neoliberal de la dictadura y reafirmaron el «hacé la tuya» en lo ideológico. También se recuperaron procesos de organización popular que, progresivamente y de manera legal, dieron lugar a un fortalecimiento rápido de la alternativa electoral del Frente Amplio (FA). Una aguda crisis financiera en 2002 colocó sobre la mesa el poder y fracaso del capital financiero dominante, con repercusiones en toda la economía, lógicamente más graves en los sectores populares.

Esta situación fue la eclosión de la sistemática aplicación de las propuestas neoliberales del Consenso de Washington, de un agudo proceso de endeudamiento externo y de la injerencia del Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM) en la política (económica, educativa, de salud, de seguridad). Los militares permanecen intocados.

Un país fuertemente instituido y legalista. En el cual lo instituyente, es decir, lo espontáneo, desde abajo, participativo, con acciones sociales momentáneas, con organizaciones formadas *ad hoc*, no tiene lugar. Resulta paradigmático que previo al golpe, marchas de cañeros desde el norte del país, con vínculos con el movimiento guerrillero llegan a la capital, Montevideo, para acampar y reclamar frente al Parlamento.

A diferencia de otros países latinoamericanos, es un país estable, sin grandes conflictos manifiestos. La

«governabilidad» es notoria, lo que significa que, colectivamente, se acepta la dominación de clase, la hegemonía no se cuestiona. Situación propia de los valores pequeño–burgueses predominantes y con un pasado (con cierta razón) añorado.

CAMINO A LAS ELECCIONES DE 2004

Luego del periodo dictatorial, Uruguay había cambiado bastante en lo ideológico. El importante avance anterior en la conciencia y organización de los sectores populares tuvo un fuerte retroceso y las organizaciones partidarias se centraron en lo electoral, que pasó a ser un objetivo en sí mismo. Se suman luego la implosión de la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas (URSS) y el posterior conflicto interno del Partido Comunista uruguayo, contribuyendo a la disminución de referencias, expectativas e ilusiones de fuertes sectores de la izquierda.

El Programa levantado por el FA comenzó a desdibujar el original de 1971, que si bien nunca se pronunció por el socialismo planteaba una fuerte denuncia del capitalismo y proponía cambios estructurales, de fondo, como la reforma agraria, nacionalización de la banca, control del comercio exterior, no pago de la deuda externa.

Progresivamente, el FA consolida su carácter policlasista, donde «los nuevos adherentes apostaron a sumar a los trabajadores a sus propuestas de reformas dentro del sistema»,² a lo que se agrega el declinar de figuras y algunos de sus grupos en este mismo sentido.³

Ya en 1994, el FA establece que el Programa Alternativo se estructura en torno a la defensa del *país productivo*, por oposición al *país plaza financiera*, rechazando aperturas indiscriminadas y la liberalización de las actividades financieras y comerciales. El eje de la campaña electoral es el «crecimiento con equidad». Claramente, por tanto, se plantea una alternativa al neoliberalismo, sin rozar elementos importantes del funcionamiento capitalista.

En el Congreso del FA de 2001 se establece como objetivo general «el acuerdo social por el desarrollo humano y el crecimiento económico», muy lejos de las históricas propuestas, que de todas maneras permanecían en el imaginario popular. Toda referencia directa a los cambios estructurales se borra o, en algún caso, se menciona como que «se estudiará la posibilidad de...».

Para las elecciones de 2004, el FA no presenta un Programa de Gobierno, apenas «Lineamientos Progra-

máticos», como forma de apelar a sentimientos, al rechazo genérico al neoliberalismo y sus representantes en el gobierno, «culpables» de la crisis de 2002; a evitar comprometerse con medidas de gobierno y optar por dejar las manos libres a quienes ocupen las máxima jerarquías. En la medida que el objetivo por antonomasia es el triunfo electoral, al interior del FA no hay más que «tironeos» de redacción y escarceos menores.

EL FA EN EL GOBIERNO A PARTIR DE 2005

El 31 de octubre de 2004 se produce el triunfo electoral en primera vuelta. El FA obtiene la mayoría absoluta, con 50.7% de los votos y mayoría simple en diputados y senadores. Legitimidad total, y «un imaginario colectivo de izquierda que tenía sobradas razones para pensar que el futuro inmediato alumbraría el avance hacia un nuevo modelo de desarrollo en el país».⁴

Las potencialidades eran enormes. Pero los primeros signos son desalentadores. Se acuerda una Carta de Intención con el FMI y el ministro de Economía (actual vicepresidente), Danilo Astori, declara que: «hacer los acuerdos con el FMI, alimentar el clima de negocios, para que haya inversiones que generen empleo y, de ese modo, contribuyan a disminuir y erradicar la pobreza. Eso es de izquierda».⁵ En Washington, el viceministro de economía (hoy presidente del Banco Central), Mario Bergara, declara que las reformas estructurales que fueron impulsadas por anteriores gobiernos y rechazadas por la ciudadanía, ahora se podrán hacer, porque las impulsará un gobierno progresista.⁶ Desde el inicio, queda claro que el gobierno apuesta a mantener el sistema capitalista, respetar el mercado y apoyarse en instituciones financieras internacionales como el FMI y el BM.

También decidió impulsar tres reformas: tributaria, salud y Estado. La primera era emblemática y su objetivo consistía en «que pague más quien tiene más», que el gobierno redujo a «que pague más quien gana más», dejando de lado la redistribución de la riqueza para limitarse a los ingresos. Pero incluso en ellos, y pese a la introducción del impuesto a la renta de las personas físicas, los resultados se mantuvieron dentro de las pautas capitalistas. El 87% de la recaudación de este último se origina en los ingresos del trabajo y sólo 13% en el capital. El IVA sigue explicando el 53–54% de la recaudación total y se elimina el impuesto al patrimonio. La reforma de la salud planteaba la universalización del acceso a la

salud y mejorar la atención. Pero mantiene serias deficiencias y se hizo un gran esfuerzo estatal para salvar económicamente las mutualistas (atención privada). En definitiva, la mercantilización de un derecho básico. La reforma del Estado sólo abordó su gestión, no dio participación a los funcionarios y sus resultados fueron mínimos. Se avanza en la precarización del empleo y tercerización de áreas, amén de evaluación de tareas en directa dependencia de los jefes.

El crecimiento (no el desarrollo) del PIB fue importante, impulsado por los altos precios internacionales de los productos agropecuarios que, si bien creció pobremente por debajo de 2%, entre otras cosas permitió un enorme enriquecimiento de los terratenientes (mayores a 200 hectáreas) de 30,700 millones de dólares en diez años (hoy, 2012, la deuda externa es de 26 mil millones de dólares), riqueza por la cual tributa apenas 1.2%. La industria acompaña el crecimiento del PIB,⁷ no hay política industrial, ateniéndose a lo que «el mercado» decida. Comunicaciones, servicios de transporte, comercio, así como las finanzas, crecieron por encima del promedio.

Como lógico resultado de las pautas capitalistas, la distribución del ingreso muestra que el reparto de «la torta» se agrava para los sectores populares.⁸ La brecha entre el ingreso de las familias y el ingreso total aumenta,⁹ los salarios de los funcionarios públicos pierden participación en el PIB; estos salarios, las pasividades y las asignaciones familiares también lo hacen en los ingresos del Estado. En el índice de Gini, Uruguay tiene la peor *performance* entre 12 países seleccionados por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). Luego, la participación de los salarios en el PIB, que entre 1998 y 2000 permanece en 34%, desciende a 30% en 2010. La central sindical (única) PIT-CNT, que hizo el estudio, señala que «los lineamientos del Poder Ejecutivo en la ronda de consejos de salarios dificultan retornar a los valores pre-crisis 2002».¹⁰

La apuesta permanente del gobierno es al mercado, es decir, a las decisiones empresariales. Aprobó una ley de Promoción de Inversiones por la cual se extienden beneficios de todo tipo a las inversiones privadas. Otro gran instrumento (ya presente en gobiernos anteriores, pero que se extendió) son las zonas francas, de las cuales hay 13 operando y generosamente se firman tratados bilaterales de protección de inversiones, que incluyen cláusulas por las que se recurre al Centro Internacional de Arreglo de Diferencias Relativas a Inversiones (CIADI) del BM, con sede en Washington, para dirimir re-

clamos de los empresarios privados que se sientan perjudicados de alguna manera en sus inversiones o en sus ganancias. Como ejemplo de apoyo al capital, en 2010 el gobierno concedió fantásticas exenciones tributarias (impuestos vigentes de cuyo pago se exime a determinadas inversiones) por 2,274 millones de dólares¹¹ (algo más de un 4% del PIB, mientras toda la educación pública recibe 4%).

La política hacia la deuda pública (que el gobierno del FA duplicó de 13 mil millones de dólares a 26 mil) es aceptar sin cuestionar (sin una auditoría) las cifras que se reclaman y aceptar pagar. En realidad, sólo se pagan los intereses, renegociándose el capital hacia el futuro, una bola de nieve que nuestros nietos deberán afrontar.

Uno de los «caballitos de batalla» del gobierno es su política para disminuir la pobreza y la indigencia. Se trata de mero asistencialismo, financiable a partir de la elevación de los ingresos tributarios.¹² Las personas pobres disminuyeron de 33.9% en 2006 a 20.9% en 2009 y las indigentes de 2.7 a 1.6%. Pero en Uruguay la pobreza es infantil. El porcentaje de niños pobres en su grupo etario presenta el peor registro de toda América Latina.¹³

El crecimiento del PIB, el mayor orden y seriedad en el manejo impositivo, junto con una elevación de la presión tributaria de 21.6% del PIB en 2005 a 25.2% en 2010, aportaron recursos al gobierno, que destinó básicamente a la política social, en la cual también salud y educación recibieron aumentos importantes en términos absolutos (no en porcentaje del PIB).

Una variable positiva a mencionar es la importante disminución del desempleo, que fue del 6% en 2011.

La extranjerización de la economía continúa aceleradamente.¹⁴ La total apertura a los capitales extranjeros y el fomento al capital en general fomentan la progresiva pérdida de soberanía sobre importantes sectores productivos del país y la consolidación de relaciones de poder directamente dependientes del extranjero.

El gobierno impulsó un Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos, frustrado por presión popular y ante un eventual conflicto con Argentina (un delirio). El presidente Vázquez pidió el apoyo del presidente George W. Bush (otro delirio y gravísimo). No se preocupó por incentivar y consolidar realmente el importante acuerdo de integración regional (MERCOSUR).

Antes de finalizar este análisis del gobierno del FA, mencionemos brevemente que en 2009 hubo nuevas elecciones, en las que el FA disminuyó su respaldo. Debó ir a una segunda vuelta y perdió la mayoría en senadores.

El acceso de José Mujica a la presidencia, un ex guerrillero, alimentó expectativas de un giro a la izquierda, pero duraron menos que un lirio. La continuidad con el gobierno anterior fue (y es) una constante. Sin embargo, su personalidad y estilo de vida favorecen ilusiones, que si bien en el país están en franco deterioro (se mantienen sólo en los sectores más empobrecidos y con menor nivel educativo), en foros internacionales inducen a la confusión. Tal como lo señalé

Alma Bolón en un excepcional artículo,¹⁵ «su fortaleza deriva de su doblez», de su pasado guerrillero y sacrificado. A partir de ahí consolida una ideología de la resignación: «la posibilidad de ganar las elecciones justificaba —exigía— todo tipo de sacrificios, en particular el sacrificio de las razones por las cuales podía valer la pena ganar las elecciones [...] se terminó celebrando al BID y al FMI [...] mandando soldados a Haití; rogándoles a las inversiones extranjeras que extrajeran el agua y el hierro, que especularan con la soja [...] con la construcción».

En definitiva, los gobiernos del FA, desde el año 2005, corresponden exactamente con lo planteado por Beatriz Stolowicz, al consolidar «un patrón de acumulación primario—exportador extractivista y financiado bajo dominio de empresas transnacionales, impulsado y garantizado por los Estados latinoamericanos».¹⁶

REFLEXIONES

Queda claro que el FA, luego de un largo periplo de desdibujamiento de sus ideas de izquierda, se planteó como una alternativa al neoliberalismo, lo cual facilitó sus triunfos electorales. Pero una vez en el gobierno continuó «en el tren, y por la misma vía»¹⁷ capitalista. No intentó abordar siquiera un mínimo «desvío». Desaprovechó excepcionales oportunidades por precios internacionales, apoyo masivo al gobierno y contexto regional amigable.

El patrón de acumulación al que Stolowicz hacía referencia es tradicional en nuestra América, pero lo nuevo es que lo impulsa un gobierno que reivindica su orientación popular. ¿Es posible hablar por tanto de alguna *ruptura con la estrategia dominante*, como planteamos al inicio?

No es posible hablar. Pero el gobierno alega que su accionar es alternativo al «neoliberalismo», y lo fundamenta en el fortalecimiento de la presencia estatal y las políticas hacia la pobreza y la indigencia.¹⁸ No

obstante, importa clarificar que las políticas para la acumulación de capital varían con el tiempo, cambian algunas formas, pero mantienen su contenido. El capitalismo se

reforma siempre, es dinámico. Uno de los aspectos que «desaparece y reaparece» es el Estado. Instituciones como el BM, el FMI y el BID alimentan una aparente dicotomía Estado–mercado, en la cual tanto se cae. «No se trata de más o menos Estado, sino de cómo es



más eficaz para fortalecer al sector privado».¹⁹ Por ello la necesidad de ir a fondo, analizar los contenidos y no limitarse a las superficialidades.

En este sentido, si bien la derecha internacional ha tenido éxito en reducir el neoliberalismo al Consenso de Washington, no cabe duda que la política social hacia los pobres es una recomendación expresa de lo que se ha dado en llamar la «2ª generación» del Consenso y es letra por letra lo que aplica el gobierno uruguayo.

Del mismo modo, aquella consigna de «Por un Uruguay productivo» se compatibiliza perfectamente con la separación que estas instituciones realizan de un capital «malo» de otro «bueno» (el productivo), lo cual, de paso, sirve para justificar el fomento a la infraestructura (como la Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Regional Suramericana–IIRSA) para la mejor extracción de nuestros bienes comunes (más y mejores «Venas abiertas de América Latina»).

También en lo ideológico los conservadores consolidan su hegemonía: en la Universidad, en el movimiento sindical por primera vez la mayoría es oficialista, en la intelectualidad, en los valores y en el repliegue de los movimientos sociales.

La enunciada pero no impulsada «alternativa al neoliberalismo» demuestra que, sin comenzar a caminar un horizonte anticapitalista, las leyes del capitalismo y su evolución continúan su avance.

¿Qué podemos esperar? Sin entrar en *¿por qué pasó esto?* (como dijimos al comienzo), no parece posible pensar en cambios inmediatos en la fuerza política de gobierno que impliquen un golpe de timón en beneficio popular. La perspectiva es difícil, de largo plazo y de recuperación de una izquierda anticapitalista.

Como lo dice un compañero: «Es como cruzar el Sahara. Es bravo el Sahara al mediodía pero, por las dudas, voy llenando la cantimplora y ensillando el camello».²⁰

Notas

- 1 Beatriz Stolowicz, «La izquierda que gobierna en América Latina: elementos para un balance político» en B. Stolowicz (coordinadora), *Gobiernos de izquierda en América Latina, un balance político*, Aurora, Bogotá, 2008, p. 15.
- 2 J. Ramada, «¿Se equivocó el palomo?», *Veteranía Rebelde*, número 1, noviembre, 2011, en <<http://www.rebeldes.com.uy>>.
- 3 Como los que hoy integran el Frente Líber Seregni, liderado por Danilo Astori.
- 4 Red de Economistas de Izquierda del Uruguay (REDIU), *La torta y las migajas*, Trilce, Montevideo, diciembre, 2010.
- 5 *Búsqueda*, 18 de agosto, 2005.
- 6 *Idem*.
- 7 Para un análisis detallado, con los cuadros y gráficas correspondientes, véase *La torta y las migajas*, *op. cit.*
- 8 Véase Joaquín Etchevers, *Distribución del ingreso. Comentarios de algunos indicadores 2005–2010*, en <rediu.org> o <resonandoenfenix.blogspot.com>.
- 9 Los cálculos oficiales y no oficiales se realizan, básicamente, a partir de lo que *cada uno declara* que son sus ingresos, lo cual, en el mundo, se admite que falsea especialmente los altos ingresos y, además, todos los que se van al exterior.
- 10 Instituto Cuesta Duarte, *La masa salarial entre 1998 y 2010*, diciembre, 2011.
- 11 DGI, *Gasto tributario* (así lo llaman). *Hacia su inclusión en el Presupuesto y Rendición de Cuentas*, septiembre, 2011.
- 12 Y por introducir un recurso estadístico. En forma ficta, se consideró los aportes a la salud como un ingreso de las familias, lo que antes no se hacía.
- 13 Véase nuevamente Joaquín Etchevers, *op. cit.*, y CEPAL, CEPALSTAT, *Estadísticas e indicadores sociales. Porcentaje de personas pobres según grupos de edad en zonas urbanas*.
- 14 Una larga lista puede verse *La torta y las migajas*, p. 48.
- 15 A. Bolón, «Reflexiones de abril», *Brecha*, número 14, abril, 2012. Véase también los comentarios de Jorge Ramada en *Rebeldes*, número 3, julio, 2012, en <<http://www.rebeldes.com.uy>>.
- 16 B. Stolowicz, *El posneoliberalismo y la reconfiguración del capitalismo en América Latina*, México, abril, 2011, pp.1 y 2.
- 17 La frase alude a que en la campaña a favor del TLC con Estados Unidos, el presidente Vázquez dijo que *hay trenes que sólo pasan una vez*, por lo que deberíamos aprovechar la oportunidad. En realidad, ya estamos en el tren del capitalismo, en la misma vía, y con maquinistas que se limitan a administrar apenas algunos aspectos del sistema.
- 18 Voceros superficiales hablan también de mejoras en la distribución del ingreso, pero es un mito.
- 19 B. Stolowicz, «El debate actual: postliberalismo o anticapitalismo» en Germán Rodas (coordinador), *América Latina hoy, ¿reforma o revolución?*, Ocean Sur, México, 2009, pp. 65–101.
- 20 Mario Mazzeo, «Un proyecto de izquierda», *Rebeldes*, *op. cit.*, octubre, 2012.